



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

Fiesta de San Agustín
– Parroquia de Sta. Mónica–
Homilía Jn 10,7-18

Me toca hoy predicar, por primera vez en esta Parroquia, sobre el “*Padre más grande de la Iglesia latina, San Agustín*”, como bien lo describió el Papa Emérito, Benedicto XVI, en su serie de catequesis sobre los Padres de la Iglesia.

“*Hombre de pasión y de fe, de altísima inteligencia y de incansable solicitud pastoral. Santo y doctor de la Iglesia...*”, así continúa el Papa Benedicto su descripción de la personalidad multifacética de este santo, que ha dejado una huella profundísima en la vida cultural de Occidente.

El gran filósofo y teólogo jesuita Erich Przywara, escribió sobre él una pequeña obra con un título paradigmático: “*Agustín in-Forma el Occidente*”. Los que saben un poco de filosofía clásica pueden comprender el significado histórico de la obra agustiniana: moldea la identidad de Occidente. El Papa Pablo VI, explicando este influjo cultural de San Agustín, ha dicho: “*Se puede afirmar que todo el pensamiento de la antigüedad confluye en su obra y que de ella derivan corrientes de pensamiento que empapan toda la tradición doctrinal de los siglos posteriores*” (AAS, 62, 1970, p. 426).

Pero Agustín no fue sólo un gran pensador y maestro. Este gran teólogo de la Providencia y de la Gracia de Dios, fue también un sublime interprete de la interioridad humana. Su apasionada búsqueda de Dios, nos ha sido relatada autobiográficamente en sus célebres *Confesiones*, probablemente su obra más conocida fuera de la Iglesia.

Dios se vale de las circunstancias de la vida de cada ser humano para revelarse y en San Agustín lo ha hecho desde su inquietud por conocer la verdad, el sentido de la existencia y el fin para el que hemos sido creados, que

se sintetiza en aquella afirmación famosísima del inicio de las *Confesiones*: “Nos hiciste, Señor para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en ti” (I, 1, 1). Más adelante en la misma obra, Agustín dirige a Dios una de las oraciones más hermosas y famosas: “Tarde te amé, hermosura tan antigua, y tan nueva, tarde te amé. Y he aquí que tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y fuera te buscaba yo, y me arrojaba sobre esas hermosuras que tú creaste. Tú estabas conmigo, más yo no estaba contigo. Me mantenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Llamaste y gritaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia, la respiré y suspiro por ti; te gusté y tengo hambre y sed de ti; me tocaste y me abrasé en tu paz” (X, 27, 38).

No puede entonces sorprender que la obra de San Agustín descuelle por su tratamiento de la presencia del Amor de Dios en nuestro corazón y de nuestra consiguiente respuesta de amor a ese Amor primero. La obra de Agustín se convierte hoy en un llamado a revisar nuestra relación con Aquel que también ha salido a nuestro encuentro en los caminos de nuestras inquietudes espirituales, como el buen Pastor que da su vida por las ovejas prometiéndoles la vida eterna (Jn 10, 10.15).

Como Obispo de Hipona, en el África romana, desde el año 395 hasta su muerte, San Agustín descuella también por sus dotes de generoso Pastor, no sólo por el altísimo valor de sus enseñanzas, sino también por su contribución a la búsqueda de la paz en el gobierno de su ciudad y del Imperio mismo.

En sus comentarios a los Salmos 137 y 138, Agustín nos dice: “El Señor habló en el Evangelio de tres personajes que debemos investigar: el Pastor, el asalariado y el ladrón... Si nos encontráramos con alguno de estos tres personajes, ustedes descubrirán a quien tienen que amar, a quien tienen que tolerar y a quien tienen que evitar. El Pastor debe ser amado, el asalariado tolerado y el ladrón evitado (S. 137,5)”. “...Cristo es el Buen Pastor. ¿Y Pedro, qué es? ¿Él no es también un buen Pastor? ¿No dio acaso su vida por las ovejas? ¿Y Pablo? ¿y los demás Apóstoles?... No fueron acaso todos ellos pastores buenos, no unos asalariados, de los cuales se dijo: ‘les aseguro que ya tienen su recompensa’ (Mt.6,2)? Realmente, todos estos fueron buenos pastores no sólo porque derramaron la sangre, sino porque la derramaron por amor a las ovejas. Efectivamente, no la derramaron por vanidad, sino por caridad” (S.138,1).

Puede afirmarse que el camino de conversión de San Agustín continuó humildemente hasta el final de su vida. La fe en Cristo le hizo comprender que Dios no está lejos, sino que se ha hecho cercano a nosotros, convirtiéndose en uno de nosotros. Solo un Dios que se ha hecho *“tocable”*, como uno de nosotros, es un Dios al que se puede rezar y por el cual y en el cual se puede vivir.

También hoy, como en su época, necesitamos conocer y sobre todo vivir esta realidad fundamental: Dios es amor y el encuentro con él es la única respuesta a las inquietudes del corazón humano. El encuentro con Jesús cambió la vida de Agustín, pidamos al Señor que nos dé a nosotros también esa gracia y nos haga encontrar así su paz. Amén.
